

Levántate, orgullo mio;
 Mi hermosura triunfará:
 Y pronto al moparca inglés,
 Por mi beldad arrastrado,
 Le veré al fin humillado
 "Pedir perdón á mis piés."



ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adorna-
 do con magnificencia: á la derecha del
 foro un forte-piano; á la izquierda una
 mesa pequeña y un sillón forrado de ter-
 ciopelo; encima de la mesa estará la co-
 rona de la reina, y á los piés del sillón
 un gran cojin de terciopelo; en el cen-
 tro del gabinete, una puerta con gran
 colgadura, que se supone conduce á las
 demás piezas de palacio. En el costado
 izquierdo, otra puerta también con colga-
 dura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,
 Hermana mía: ese fatal ministro,
 Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
 Contra nosotros.
 Ana.— Si, su orgullo herido
 Por mi desprecio, la venganza anhela:

Vil mezcla de bajeza y de perfidia
Es ese hombre feroz; nada perdona
Para perderme: el rey dócil escucha
Sus horribles consejos; ¡pero tiemble!
Enrique me ama aún.

Roch.— ¡Oh, hermana mía!
Tal vez te engañas; esa dama tuya,
Esa Juana Seymour, dicen que á Enrique
Ha sabido agradar: Cromwell fomenta
Esta nueva pasión, y pronto acaso,
Ana Boleno bajará del trono,
Como bajó la reina Catarina.
Se te acusa de un crimen horroroso:
¡De adúltera!

Ana.— ¡Gran Dios! Rochford, ¿quién pudo
Esa palabra pronunciar?

Roch.— Enrique,
El mismo rey se dice que te acusa.
Tus ligerezas se han interpretado
Como muestras de amor: en el torneo,
Ayer mismo en Greenwich, cuando dejaste
Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho
Que era señal de tu pasión á Norris.
El rey se retiró con el ministro
Lleno de indignación: yo tiemblo, Ana;
A mí mismo me acusan, ¿lo creerías?
De un criminal amor á tu persona.
Ana.— ¿Conque también de incesto se me

Tú deliras; Rochford; el mismo infierno
No pudiera inventar tan vil calumnia;
¡Me haces temblar! ¡escucha! en esta no-

¿Será un aviso del airado cielo?
Me estremezco, Rochford; ¡visión horrible!
De mi imaginación se apoderaba
¡Sueño espantoso que olvidar procuré,
Y no puedo olvidar! Oyelo, y tiembla.
Yo soñaba que el trono ocupando
A mis pies la Inglaterra veía:
Todo en torno á mis ojos reía,
Todo en torno era dicha y amor:
Cetro de oro en mi mano brillaba,
La corona adornaba mi frente,
Un gran pueblo á mi voz obediente,
Escuchaba temblando mi voz.

Mi guerreros, mil héroes ilustres,
Mis caprichos humildes servían,
En mi risa su gloria veían,
Y venían mi mano á besar:
En mil partes mi nombre grabado,
Centellaba entre piedras preciosas,
Y sentí de jazmines y rosas
Dulce aroma en el viento bajar.

Mas, ¡oh, Dios! esta atmósfera pura,
De zafiro este cielo esplendente,
Roja nube cubrió de repente,
Que torrentes de sangre vertió:
Un relámpago livido alumbró
De la tierra el funesto desmayo,
Y retruena mil veces el rayo
Con horrible funesto fragor.

La diadema que adorna mi frente
En mi cráneo se ciñe, se hunde,
Y mi cetro en mi mano se funde,

Y me abraza el ardiente metal;
Y mi manto de púrpura y oro,
Negro paño se torna de muerte;
En horrible dogal se convierte,
De mi cuello el soberbio collar.

Se hunde el trono con hórrido estruen-

(do,

Veo á mis pies una tumba cavada,
Y una mano asomar descarnada,
Que me muestra el sudario fatal.
¡Catarina! Era suya esta mano.
Ella, ¡oh Dios! maldiciéndome ha muerto!
En sudor inundada despierto,
Sin poder á la calma tornar.

Roch.—¡Desventurada! tal vez

Se realizará este sueño;

La tempestad se aproxima,

Oígo resonar el trueno.

Tres días hace que sólo

Miro presagios funestos.

De Cromwell el regocijo,

Del rey el rostro severo,

El amor que tiene á Juana,

Todo, en fin, está diciendo

Que se aproxima la hora

De la muerte ó del destierro.

Ana.—No, tal vez, hermano mio,

No es tan grande nuestro riesgo.

¡Enrique me amaba tanto!

¡Y podrá en tan breve tiempo

Aborrecerme? ¡imposible!

No, Rochford, yo no lo creo.

Hace tres días me hablaba

Con el cariño primero:

Antes de ayer en el baile

Y en el crítico momento

De que la muerte escuchaba

De Catarina, el torneo

De ayer le anuncié; quería

Que se suspendiese, y luego

Que le rogué, á mis instancias

Condescendió; sí, yo pienso

Que consevo todavía

Sobre su alma el mismo imperio.

Dicen que á Lady Seymour

Ama Enrique; no lo creo:

Es obra de Cromwell todo,

De ese odioso consejero.

Cuando el rey mire mi llanto:

Cuando con mágico acento

Le recuerde aquellos días,

Aquellos dulces momentos

De ventura, que en su alma

Tantas delicias vertieron:

Cuando me mire á sus plantas

Invocando al Sér supremo

Por testigo irrecusable

De mi conducta, y el velo

De la impostura se rompa;

Cuando mire, en fin, mi afecto

Siempre puro, inalterable,

En mis lágrimas de fuego,

¿Quién duda que entre sus brazos

Vaya á recibir el premio

De mi inocencia? ¡Oh, hermano!
Ligera soy, lo confieso:
Educada en Francia, acaso
La circunspección no tengo
De una inglesa; ¿mas qué importa?
¿Es menos puro por eso
Mi corazón? ¿Dónde, dónde
De esos delitos horrendos
Están las pruebas? ¡Malvados!
Yo con semblante sereno
Desmentiré á los infames
Ante todo el universo.

Roch.—¿Y tu inocencia qué importa,
Si ya del rey el afecto
No es el mismo?

Ana.— Hermano mío,
No conoces el imperio
Del llanto en una hermosura
Que se ha amado en otro tiempo.

Roch.—¿Sabes que á Lady Seymour
Ha llamado el rey?

Ana.— Yo creo
Que Cromwell la habrá arrastrado
Tomando cualquier pretexto:
Yo lo sabré en el instante.
Lady Seymour.

Roch.— Yo te dejo
En libertad: profundiza
Su corazón. ¡Quiera el cielo
Que sea cierta tu esperanza
Y mis temores inciertos!

(Váse.)

ESCENA II

ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,

(que entra al mismo tiempo que sale
Rochford. Ana se sienta en el sillón con
mucho seriedad.)

Ana.— Acercaos: no tembléis;
Respondedme con verdad.

Juana.— Siempre la sinceridad,
Señora, en mi alma veréis.
Cierto es que tiemblo al mirar
Vuestro semblante severo,
Y saber, señora, espero,
En qué os pude agraviar.
Tiemblo, si, porque tal vez
Sin saberlo os ofendí,
Sin saberlo, ¡oh reina! sí,
A Dios pongo por mi juez.

Ana.— ¿Tan joven y artificiosa
Hasta tal punto sería?
No puede ser.) Hija mía,
Tú eres buena, candorosa:
En tu noble corazón
Sólo habita la pureza:
Respondeme con franqueza,
Calma, Juana, mi aflicción.
¿El rey te ha llamado?

Juana.— Sí,

Ricas joyas me ha mandado,
Y el conde de Essex...

Ana.— (¡Malvado!)

Juana.—Casi me ha arrastrado allí.

Dijo que era mi deber

Dar gracias al soberano;

Dudé yo; tomó él mi mano,

Fué preciso obedecer.

Ana.—(Infame.)

Juana.— Ya en la presencia

Del rey, tímida, turbada,

Parecía condenada

Que escuchaba su sentencia.

Yo no sé lo que sentí

Cuando el monarca me habló;

Pero el conde respondió

Con mucha bondad por mí:

¡Es el conde tan afable!

Ana.—(Se levanta furiosa, y se pasea por el gabinete).

¡Mucho, sí! ¡monstruo infernal,

Te abortó para mi mal

El averno? ¡Miserable!

¿Posible es tanta hajeza?

¡Pero al rey le pasará

Este capricho y caerá

Ante mis pies tu cabeza!

Tú volverás á la nada.

Cromwell infame y traidor;

¡Tú temblarás al furor

De una mujer ultrajada!

¡Veré á Enrique, le veré;

Mis quejas escuchará,

Su gracia me volverá,

Y al fin vengada seré!

¡Vengarme! vengarme yo,

El tiene la culpa, él;

Me obligan á ser cruel;

¡Pero no he de serlo, no!

Venga ese ministro, sí,

Venga á implorar su perdón;

Conocerá el corazón

Que siento latir aquí.

(Se sienta)

Juana.—Tal vez sin saberlo yo,

Señora, os habré ofendido:

Si es así, perdón os pido;

Ana.—Tú no me ofendiste, no:

También tú víctima eres:

Como yo, de un vil engaño:

Se conjuran en el daño

De dos miserables mujeres.

Juana, acaso no sabrás

Lo que es ese brillo falso

Del trono: de él al cadalso

Hay un paso, nada más:

Hoy te quieren elevar

Sacrificándome á mí;

¡Ay! también después á ti

Te sabrán sacrificar.

Juana.—Señora, yo al esplendor

Del trono nunca aspiré.

Ana.—Lo sé, Juana, sí, lo sé;

Abusan de tu candor:

Mas la tempestad sombría

Yo sabré al fin conjurar.

Lo espero: vuelva á reinar
 En mi pecho la alegría.
 Haz que entre mi corte aquí,
 Y de Sméton los acentos
 Disipen los sentimientos
 De tristeza que hay en mí.

(Váse Juana.)

ESCENA III

ANA BOLENA.

¡Oh, sueño, sueño cruel!
 Déjame por compasión;
 No inundes mi corazón
 Con tus recuerdos de hiel.
 Siempre en mi memoria fiel
 Está la visión fatal:
 Siento en mi cuello el dogal,
 Siento quemarse mi diestra;
 Veo la mano que me muestra
 El sudario funeral.
 Pero no, no, sueño fué,
 Sueño que pasó veloz;
 Pronto este recuerdo atroz
 De mi pecho borraré;
 La calma recobraré;
 La dulce paz, el contento;
 De la poesía al acento,
 Huirá la melancolía:
 Vuelva á reinar la alegría;
 Demos las penas al viento.

ESCENA IV

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL,
 Después SMETON, JUANA SEYMOUR,
 DAMAS Y CORTESANOS.

(Enrique y Cromwell aparecen en la
 puerta, á la espalda de Ana, y pasan rá-
 pidamente á ocultarse en la puerta del
 costado izquierdo.)

Crom.—Nadie nos ha visto entrad,
 Entrad, señor, y veréis
 (Comprobada la verdad.)
 Enr.—(Al pasar.)
 ¡Ana Bolena, temblad!
 Crom.—Pronto la conoceréis.
 Ana.—Venid, señores, hoy siento
 Una tristeza mortal:
 Sméton, tu dulce acento
 Disipe este sentimiento
 Con su influjo celestial.
 Mi joven poeta, dí:
 ¿Sabes alguna canción
 Nueva?
 Sméton.—Sí, señora, sí;
 Una hermosa letra oí,
 Que habla con el corazón:
 Está llena de ternura
 Es la voz de la verdad,

De una alma tímida y pura,
Que habla llena de amargura
A su adorada beldad.
Es de un pobre trovador
Lleno de melancolía,
Porque á su constante amor,
El rango harto superior
De su dama se oponía.

Ana.—¿Ella no lo amaba?

Sméton.—No.

Ana.—¿Sabía ella que era amada?

Sméton.—El su cólera temió;

Gimiendo siempre, calló

Su pasión desesperada.

Ana.—El se debió declarar.

Sméton.—Si era un pobre trovador,

Y ella ocupaba un lugar

Tan alto, ¿podía esperar?...

Ana.—Todo lo iguala el amor:

¿No es verdad, hermosa Juana,

Que amor no conoce ley?

Todo, su poder lo allana,

Y hasta la distancia es vana

Que hay desde el vasallo al rey.

Mas recitad la canción,

Que muy hermosa será

Si la dictó el corazón.

Sméton.—Señora, esa es mi opinión,

V. M. la oirá: (Se sienta, y recita la si-

guiente.)

Es hermosa la diadema

Que brilla en tu frente pura;

Pero es más de tu hermosura

El bellissimo esplendor:

Yo quisiera, amada mía,

Más y más engalanarte;

Pero nada puede darte

Un humilde trovador.

Toma el arpa con que canto

Las hazañas de los reyes,

Y de amor las dulces leyes,

Y tu imperio seductor:

Yo no tengo más riqueza,

Yo no tengo plata ni oro;

He aquí el único tesoro

De un humilde trovador.

Un poder irresistible

Reina, hermosa, en tu mirada

Y en tu boca nacarada

La sonrisa del amor.

Brilla en tu cándida frente,

Del cielo puro la calma:

(Tú eres la vida, tú el alma

De este humilde trovador.

Yo te amo sin esperanza,

Tú eres una gran señora,

Yo soy un triste que llora

Su desventurado amor.

Y á pesar de la distancia

A que nos puso la suerte,

Te ha de amar hasta la muerte

“Este humilde trovador,

(Turbado.)

(Se levanta.)

Ana.—Hermosa letra, y sin duda.

La habéis recitado bien.
 Sméton.—Por vuestra bondad, señora.
 Ana.—Algún premio merecéis;
 (Le da un anillo, que él recibe de rodillas.)
 Esta sortija tomad,
 Sméton.
 Sméton.— ¡Tanta merced!
 ¿Una sortija, señora,
 De vuestra mano? ¡oh placer!
 Enr.— (Sale y Cromwell.)
 También yo quiero, buen paje,
 Daros algún premio.
 Todos.— ¡El rey!
 (Se pone Ana en pie.)
 Ana.— ¡Señor!....
 Enr.— Me alegro, señora,
 Que tan divertida estéis;
 Mas permitidme premiar
 Al paje. Conde de Essex,
 Traed lo que os dije, Sméton,
 (Váse Cromwell.)
 Otra habilidad tenéis
 De que no me habéis hablado:
 Sois un buen pintor también.
 ¿No lo sabéis vos, señora?
 Ana.—No, Enrique.
 Enr.— (A Sméton.)
 Dejadme ver
 Ese retrato que al cuello
 En la cadena tenéis.
 Sméton.— (Turbado.)
 Yo... señor...

Enr.—Sois muy modesto,
 Dádmele; miradlo, es
 (Se lo arrebató y enseña á la reina.)
 El vuestro, señora.
 Ana.— ¿El mío?
 Enr.— (Con risa maligna.)
 ¿Conque vos no lo sabéis?
 Ana.—(Arroja á Sméton una mirada severa y éste se echa á sus pies.)
 No señor.
 Sméton.— ¡Ah! perdonadme:
 Vedme, reina, á vuestros pies.
 Sin saberlo vos, señora,
 Sin saberlo vos, osé
 Retratar vuestras facciones.
 (Aparece Cromwell con soldados.)
 Enr.— ¡Ya estás aquí, Cromwell? Bien;
 Pended á la reina, á Sméton,
 A todos cuantos estén
 Comprendidos en la lista
 Que arreglábamos ayer.
 Ana.— ¿Qué es esto, señor? oidme.
 Enr.—La cámara oirá después
 Vuestros descargos.
 Ana.— (¡Gran Dios!
 Aviso mi sueño fué.)
 Enr.—Tú de todos me respondes,
 ¿Lo entiendes, conde de Essex?
 Quita á Sméton ese anillo,
 Toma el retrato: veréis
 Si impunemente se ultraja
 A Enrique VIII. Sabed

Que ha mucho tiempo examino
 Vuestra conducta, mujer.
 Norris, Bréretton, Rochford,
 Os aman, todo lo sé.
 Caerá en todos los culpables
 La cuchilla de la ley.
 A la Torre conducidlos.
 Juana hermosa, no tembléis,
 Que como la reina dice,
 "Amor no conoce ley."
 De la vasalla al monarca,
 Nada la distancia es. (Váse.)

ESCENA V.

Dichos, menos ENRIQUE.

Crom.—Reina, conmigo venid.
 Ana.—Ya se cumplieron, traidor,
 Tus esperanzas, ya triunfas,
 Plebeyo infame y feroz.
 ¡Sáciate en tu triunfo, impio!
 ¡Tú que no tienes valor
 Dé medir jamás la espada
 Con aquellos que ultrajó
 Tu lengua mordaz: por cierto
 Te ha llenado de esplendor
 Esta hazaña, miserable!
 Crom.—No he tenido parte yo,
 Y siento.
 Ana.— ¡Cállate, infame!

Que la cólera de Dios
 Te castigue.
 Crom.— ¿Vamos?
 Ana.— Vamos,
 Que no hay suplicio mayor
 Para mí, que tu presencia:
 Yo soy la culpable, yo,
 Que permití te elevaran
 Sobre tu vil condición.
 Crom.—Gracias, señora.
 Ana.— ¡Dios mío!
 ¡Qué sangre fría! ¡oh furor!
 Tú eres el genio del mal.
 Crom.—Pues así lo queréis vos,
 Lo seré por complaceros.
 Ana.— ¡Te burlas de mi dolor!
 Crom.— (Señala á los soldados.)
 Estos señores aguardan,
 ¿Vamos?
 Ana.—(Tirándole con un guante en la
 (cara.)
 ¡Confúndate Dios!!!